

Frete libertario

Madrid, 15 noviembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Se rano, 111

NUMERO 629

NOVIEMBRE

Nombre con resonancias de epopeya

Cuando haya vuelto la paz, cuando serenamente pueda pasarse revista a todos los momentos de la lucha, cuando, al haber terminado el acudamiento de las armas quede lugar, tiempo y posibilidad para considerar los sucesos culminantes de la guerra que hoy truenan sobre nuestros campos y nuestras ciudades, los más unánimes comentarios se elevarán en alabanza al proletariado que en los días de noviembre de 1936 supiera amasar, con su sangre y con su esfuerzo, la heroica resistencia de la capital de España. Resonancias de epopeya tendrá en la futura historia, no ya en nuestro país, sino del mundo entero. La gesta que los trabajadores madrileños supieron escribir en los arrabales de su ciudad, invicta, gloriosa y leal.

Entre las casas modestas, auténticas casas proletarias, de la ribera derecha del Manzanares, se han realizado hazañas que para encontrar similares, para tener un término de comparación adecuado, nos obligan a remontarnos muchos años atrás en la historia de nuestra patria. Puñados de hombres, al abrigo de una pared derruida, entre los escombros de una casa, detrás de una improvisada barricada de adoquines recién arrancados de las calzadas, protegidos muchas veces por simple colchón era en los días en que todavía se creía por nuestros trabajadores que un colchón podía detener las balas, hicieron frente a las mejores tropas de choque del ejército rebelde, a los legionarios y marroquíes. Y legionarios y moros, las banderas y los tabores en quienes se habían depositado todas las esperanzas de los militares sublevados, mordieron el polvo de la derrota, y vieron, cerrado para siempre, el camino hacia el centro de la ciudad heroica a la que en un momento de optimismo creyeran fruta madura, presa fácil que sólo su presencia había de hacer caer entre sus manos rapaces.

De entonces acá el proletariado español ha conseguido victorias formidables, victorias en las que se ha demostrado plenamente de lo que es capaz un pueblo decidido, que pone al servicio de sus ideales todas sus energías, que no tiene miedo a la muerte y que está dispuesto, en cualquier momento, a realizar los mayores sacrificios, siempre que de lograr su independencia y su libertad se trate. Pero en noviembre se inició la gesta: al noviembre madrileño corresponde la primera victoria clara, rotunda, de nuestra guerra. Porque en las primeras jornadas del movimiento, en los días enfebrecidos en pasión de lucha y en entusiasmo, todavía no se podía hablar de guerra. Esta sólo comenzó cuando quedaron estabilizadas nuestras posiciones y las de los rebeldes. Y desde entonces, a partir de entonces, la primera victoria, la primera gran victoria, la consigue el proletariado español en los arrabales de Madrid, en aquel mes de noviembre que se llama eterna que señala a todos

los proletarios del mundo el camino duro y estricto del deber.

Allí surgió el primer hombre, que a cuerpo limpio, se lanzó a disputarle el terreno a los tanques; allí surgieron los primeros hombres que en supremos rasgos de audacia, hicieron que sus carnes compitieran con el acero de las más modernas máquinas de guerra. Allí el proletariado madrileño cerró el paso a todos los instrumentos de la invasión, hombres o máquinas, y escribió con su sangre el "No pasarán", que hizo clavar en su sitio a los rebeldes. Los arcos triunfales que éstos habían preparado para celebrar su entrada en Madrid, se ajaron por el transcurso del tiempo; y en la misma medida en que se ajaban aquellos arcos triunfales, se marchitaban también todas las esperanzas de impura posesión de nuestra ciudad que alentarán en el pecho de los provocadores de la guerra y de la ola destructora que hoy continúa azotando a nuestro país.

Toda la guerra es una sucesión ininterrumpida de heroísmos y de sacrificios de todas clases; pero el noviembre madrileño es la epopeya, es el cantar legendario, que refleja, después de dos años de lucha constante, de ininterrumpida alerta, la fibra magnífica e insuperable de nuestros proletarios.

LOS "PROGROMS" QUE REALIZA EL NAZISMO

Son una injuria a la conciencia civilizada del mundo, y un ejemplo de la barbarie a que son capaces de llegar los fascistas alemanes

El mundo entero se ha estremecido de horror al tener noticias de los asaltos, incendios y asesinatos que han realizado las camisas pardas hitlerianas, en bienes y personas de judíos que todavía residían en Alemania. Ha bastado que un representante diplomático alemán en París fuera muerto por un polaco, del que se dice es judío, para que en todo el territorio del Tercer Reich se desencadenen con nuevo furor la ola antisemita. Sinagogas, comercios, cafés, establecimientos bancarios, nada ha sido respetado por los nazis. El hacha ha comenzado su obra y la tea incendiaria o la pistola la terminan. Medidas draconianas, expulsiones en masa, de prisa, sin garantía de ninguna clase, se han decretado por el Gobierno alemán. Los judíos no se atreven a salir a la calle por temor a atentados personales, y las autoridades (?) les hacen entregar las llaves de sus casas y les conminan para que abandonen en un plazo de cuarenta y ocho horas el territorio alemán.

¿Tolerará el mundo semejantes ultrajes a la civilización, al derecho, a la justicia y aun a las más elementales normas de convivencia? ¿Es posible que se haya descendido tan bajo para que también estos nuevos crímenes queden impunes?

No pueden ejercerse represalias de carácter colectivo contra todo un pueblo por los actos imputables a un individuo; ni puede pedirse responsabilidad a toda una raza por lo que haya podido realizar uno de sus componentes. Admitir esto sería tanto como desconocer de arriba abajo todo el edificio del derecho, de la justicia y aun de la razón que tantos siglos ha necesitado para elevarse sobre las miserias y los egoísmos más ruines.

Entre tanto los acontecimientos que se han desarrollado en Alemania son un índice claro de cuál es la "Kultur" que tratan de imponer, a golpe de hacha, los mastines de la cruz gamada. Nada hay respetable ante sus caprichos crueles y ambiciosos. Ni libertad, ni pudor ni vergüenza, ni derecho de ninguna clase, puede alzarse ante el avance de la horda. Y, por consiguiente, cuando las razones no sirven, cuando todo lo que sea lógico y sensato es estéril, no queda más remedio que cerrarles el paso con las armas en la mano. Sólo la razón de fuerza es valedera cuando hay que tratar con adoradores de la violencia, de la violencia bruta, desprovista de sentimientos y de pensamiento, sin otra meta que la dominación y la realiza-

ción de sus caprichos sanguinarios.

Los "progroms" que estos días pasados se han desarrollado en el territorio alemán son motivo más que suficiente para que todo el mundo se coloque frente a la ola de barbarie que amenaza destruirlo todo. Quienes así son capaces de proceder no merecen consideración ni respeto de ninguna clase, y deben ser tratados con la misma violencia con que ellos pretenden imponerse al mundo entero. De nada puede servir que Goebbels haya "aconsejado" públicamente que se detengan los atropellos y los desmanes, cuando es él, precisamente él, su organizador, y cuando todas las fuerzas armadas a sus órdenes contemplan pasivamente, benévola, la comisión de los mayores atropellos a la razón y al derecho de gentes. Actitudes semejantes pueden ser buenas para convencer a los papanatas, a los imbéciles de nacimiento, pero no a personas que tengan dos dedos de frente. Hablar en público para cuidar la "postura política de la autoridad", y atizar en secreto las mayores atrocidades, sobre ser inhumano, es ruin y es cobarde.

Claro que la ruindad, la cobardía y la inhumanidad son las piedras angulares de todo el edificio nazi.

Visado por la censura

Las puñaladas del oro

En más de una ocasión se ha visto cómo el oro, excitando codicias, removiendo ambiciones, ha logrado vencer en batallas que tenía completamente perdidas. Ha vencido sinuosamente, comprando unas conciencias, cegando con su brillo otras, siempre actuando con el filo de un puñal de fulgores siniestros. Pero ha vencido. Recientemente, no hace aun muchos días, ha vuelto a asestar una nueva puñalada, esta vez en pleno pecho, del obrerismo mundial: el Partido Socialista belga la ha recibido;

El Partido Socialista belga, al apoyar la pretensión de Spaak de enviar un representante a Burgos, ha superado todos los lindes imaginables de abandono de posiciones, de claudicación ante el enemigo, de cobardía ante el mundo entero. La misma vileza de Munich palidece y pierde color, si se la compara con la moción aprobada en el Congreso del Partido Socialista belga. Porque, en fin de cuentas, en Munich, todos los reunidos, eran representantes del capitalismo: del capitalismo fascista, unos; del capitalismo democrático, otros; pero todos, los cuatro, representantes, y representantes genuinos del capitalismo. En cambio, los que han votado a favor del envío de un representante comercial belga a Burgos, se dicen socialistas, se dicen revolucionarios, se llaman representantes de los obreros y del proletariado de su país. Y esto sólo puede concebirse en un caso de pérdida definitiva y total, no ya de la inteligencia, no ya del sentido común, sino también del más elemental instinto de conservación.

Chamberlain y Daladier, al tomar los acuerdos de Munich, al transigir ante las intemperancias de Hitler, degollaban sus propios intereses; pero es que el capitalismo que los respaldaba creía que, sometiendo a las masas obreras, entregándolas inermes al fascismo, salva sus propios intereses crematísticos. Ellos, uno y otro, están más cerca del fascismo que de la revolución; infinitamente más cerca; y por eso todavía puede comprenderse que favorezcan el expansionismo fascista. Pero que obreros, hombres que se llaman socialistas, se coloquen en una posición favorable al fascismo, porque esa posición represente para su país una momentánea y transitoria ventaja económica, es algo realmente incomprensible.

Entre tanto sólo nos queda por constatar que el socialismo belga ha arriado sus banderas ante un puñado de oro. Esa es la realidad, la dura realidad, que nos presenta el resultado de la votación sobre política exterior llevada a cabo en el Congreso del Partido Socialista belga. Es una nueva puñalada del oro. Una nueva victoria que éste se apunta, con solo hacer brillar sus reflejos amarillos.

LOS CAMPESINOS EN LA GUERRA

Los trabajadores del campo, que han comprendido toda la trascendencia que para ellos tiene nuestra victoria, han sido y continúan siendo sus más firmes puntales

Vaya por delante la afirmación de que todo el proletariado español ha rivalizado en entusiasmo y en heroísmo para la consecución de la victoria que tan ardientemente les hablaba de libertad y de vida digna. Todos los sectores del proletariado español han puesto todo cuanto valen y todo cuanto pueden del lado del triunfo del antifascismo. Pero queremos hoy hacer especial mención de los trabajadores del campo, que en supremos alardes de heroísmo y de voluntad de triunfo, se han convertido en luchadores entusiastas, que en todo momento, en toda ocasión, saben ocupar los puestos más peligrosos de las vanguardias de nuestra lucha.

Nuestros trabajadores del campo arrastraban una vida misérrima, sin horizonte de ninguna clase, constantemente sometidos al egoísmo sin límites, a la ambición sin entrañas de sus explotadores, y en todo momento obligados a satisfacer los deseos del cacique, ese nuevo señor feudal, sin castillo y sin señorío, que, aupándose sobre las miserias y sobre el trabajo de los campesinos, hacía que sus caprichos fueran leyes para todos los desgraciados camaradas cisados a caer en sus garras. Vida sin horizontes, vida de dolor y de sacrificio, vida sin redención posible, era la vida que se abría ante los ojos de todos nuestros trabajadores del campo. Desde niños, cuando aun sus piernas les pedían saltos y sus ojos amaneceros juguetones, la losa de la explotación caía sobre ellos. Y desde entonces, hasta el borde mismo de la sepultura, se sucedían siempre las mismas jornadas de trabajo agotador, cumplido de sol a sol, sin descanso y sin recompensa. Y ni tan siquiera reconocido como fundamental de la existencia de toda esa sociedad capitalista y burguesa que pululaba por las ciudades, y que en las ciudades y en sus vicios sumía los resultados del esfuerzo y del trabajo diarios de cientos y cientos de campesinos.

Tanta explotación, tanta injusticia, había de producir sus frutos: y éstos surgieron en el mismo momento en que se inició por parte de los capitalistas el movimiento subversivo. Los trabajadores del campo comprendieron que había llegado el momento de romper sus ligaduras; pero de romperlas de tal manera que no fuera jamás posible volver a anularlas. Y desde entonces nuestros campesinos han persistido en la tarea, sin una protesta, sin una queja. Ellos, acostumbrados a sufrir todos los dolores, todo están dispuestos a sufrirlo siempre que les asegure un porvenir libre y digno, de pan redimido y de trabajo digno. Ese mismo porvenir que siempre los había sido denegado y que hoy se abre, radiante y magestuoso, ante sus mismos ojos asombrados.

En todos los lugares donde los ha reclamado la lucha, allí se han presentado dispuestos en todo momento a cumplir con el deber que las circunstancias les señalaban, seguros de que si son capaces de ser dignos de la hora que pasa, nada ni nadie tendrá poder suficiente para arrancarles la victoria. En los puestos de lucha y en los de la producción los campesinos españoles ocupan la vanguardia. Desde las trincheras y parapetos más avanzados, hasta los lugares donde se siembran crecen y se recolectan los productos que han de asegurar la subsistencia de nuestros trabajadores y de nuestro pueblo. En todas partes los

campesinos cumplen como buenos con su deber. Si las armas los reclaman, si el antifascismo los necesita para cerrar el paso a los invasores, obedecen a la llamada --que es llamada del propio instinto de conservación--, y ocupan el puesto que la trascendencia del momento les designa. Y si, por el contrario, es su trabajo y su esfuerzo cotidiano lo que el proletariado en lucha por la libertad necesita, trabajo y esfuerzo son prestados sin regateos de ninguna clase, y las duras jornadas que antes se prestaban bajo la amenaza y la coacción, se realizan hoy libremente, conscientemente, voluntariamente, como actúan y trabajan los hombres que saben que de su propio esfuerzo depende toda la orientación de su futuro.

Los campesinos constituyen uno de los más firmes puntales de nuestra lucha. En ellos hay tesón, hay voluntad decidida de victoria, hay seguridad de triunfos claros, hay conciencia de la misión que la actualidad impone a todos los trabajadores de España. Por eso ellos están en todas partes, se les encuentra en todas partes, y por eso en todas partes, aferrando el fusil o empuñando la esteva, son siempre los camadas campesinos ejemplo claro de virtudes proletarias, modelo de trabajadores que saben cumplir con su deber.

Nada ni nadie debe desconocer el esfuerzo de los campesinos y su gigantesca aportación a la lucha. Y cuando en el mañana victorioso que aguarda a nuestro pueblo, llegue la hora de percibir en libertades lo que hoy se está abonando anticipadamente en sacrificios y en heroísmos, la parte de nuestros campesinos será generosamente reconocida por todos los que hayan comprendido bien la misión que la historia ha confiado a nuestro pueblo.



Al asesino mayor de Europa no se le puede entregar ningún territorio africano. Si. Pero se le entregó Austria y Checoslovaquia

Siguen los crímenes en Alemania contra los judíos. La bestia nazi roba y saquea, explotando la fobia de los esclavos del tirano enloquecido por la impunidad y la silenciosa conducta de los Gobiernos liberales todos, sólo atentos a seguir comprando una paz de ludibrio. Ya han comenzado a protestar contra la barbarie germana algunas entidades y personas, pero esto no es suficiente, ya que en los Estados, todos los Estados no fascistas, los que debieron haberse alzado al sátrapa nazi. Pero los gobernantes francoingléses están muy entretenidos con la visita que Chamberlain y lord Halifax harán a París próximamente, así como el invitador. ¿Que los crímenes y atentados de todo linaje son el ludibrio de esta Europa que los tolera? Eso no tiene importancia cuando la dignidad ha emigrado del Continente; cuando la insensibilidad ha hecho presa en el espíritu del hombre europeo, sólo atento a co-

merse tranquilamente su jornal los obreros, a vivir de la pequeña renta las clases medias y a explotar tal estado de cosas los tiburones del capitalismo sin entrañas. Todos roban, aunque de distinta manera. Unos lo hacen de una manera legal y honorable, como sucede en la India, donde el trabajo es colonial, para que las diez mil familias inglesas vivan espléndidamente. Todos saquean decorosamente al prójimo, sin saber que los honorables saqueadores sientan el menor rubor ni en su conciencia ninguna llamada. El hombre es un lobo para el hombre, dijo el inglés Hobbes, y como así es, dejan que se practique el axioma en tierras alemanas, sin importarles, poco ni mucho, a los compadres que Europa se haya puesto, al tolerar estas vergüenzas, por muy bajo de cualquier tribu del África central.

El robo y el crimen, la falta de memoria para cumplir con la palabra dada, sagrada hasta que la civilización se llamó insolidaridad y negación de todos los principios superiores de humana convivencia, han hecho quiebra, tanto por la cobardía de unos, los gobernantes, como por el dejar hacer de los gobernados, muy revolucionarios un día al año, exactamente igual que el fariseo de la religión, el cual da su Jimosna un día al año también --aquel en que se traga la hostia-- creyendo que de una manera tan barata pone su conciencia de acuerdo con las creencias que dice sentir.

Hitler asesina y roba. A los ale-

manes no nazis les robó su libertad, asesinando a aquellos que hicieron frente a su sangrienta tiranía. Hitler roba y asesina a los judíos, porque alguien tiene que pagar esos cañones que la empobrecida Alemania construyó para amenazar a Europa; y los judíos son robados, apaleados y vejados, sin que los honorables hijos de la Gran Bretaña, ni los trabajadores de París y Londres se levanten como un solo hombre para defender la dignidad del hombre. Y ante este crimen que abochorna a Europa, sólo un hombre, o muy pocos más, se ha atrevido a lanzar su voz contra ese asesino que tiraniza a Alemania y es la deshonra de Europa: Archibald Sinclair, el cual ha dicho que debe decirse a Alemania que si quiere la amistad de otras naciones debe dejar de perseguir y robar a los judíos.

Importantes son estas palabras; pero no menos importancia tienen aquellas otras, expresando esta realidad insoslayable: no se puede entregar a un pueblo que incurre en tan odiosas explosiones de barbarie ni uno solo de los territorios africanos; pero como ya se le entregó Austria, que no era un cacho de África, y Checoslovaquia, que lo era mucho menos, otra vez volverán a arrojarse los políticos de la traición y la derrota ante el asesino mayor de esta Europa podrida hasta los huesos, mientras se habla por los farsantes todos de paz y de apaciguamiento.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C. N. T.

LA POSICION DEL MOVIMIENTO LIBERTARIO

Rechaza toda inyección extranjera sea cual fuere su carácter y origen

Los postulados fundamentales de nuestra ideología han sido ratificados en el pleno nacional del Movimiento Libertario celebrado recientemente en Barcelona. Muchos de las conclusiones aprobadas merecerán nuestro comentario en días sucesivos. Pero hoy queremos comenzar por destacar la posición absolutamente intransigente del Movimiento Libertario con respecto a todo lo que de una u otra manera pudiera significar una disminución de nuestras facultades de autodeterminación, una merma de nuestra libérrima orientación social, política y económica, o una intromisión de países extranjeros, bien en nuestro territorio, bien en nuestros asuntos de cualquier clase que éstos sean.

El pueblo español, que lucha por ser libre, que por la libertad y la independencia está realizando los mayores sacrificios; que está viendo morir a sus hijos mejores; que está sufriendo dolores y colmando abnegaciones con el más austero espíritu de sacrificio, precisamente para que no triunfe la tiranía en nuestro país y para que extrañas autoridades no impongan sus caprichos en nuestro suelo, tiene como premisa elemental, como primer postulado de toda su ideología, la independencia y la integridad territorial de los pueblos que constituyen esta entidad superior que se denomina España. La séptima de las conclusiones aprobadas en el pleno recientemente celebrado en Barcelona demuestra bien claramente que todo el Movimiento Libertario hace suyas las aspiraciones que en este sentido tienen nuestros trabajadores. Sus palabras son rotundas: "El Movimiento Libertario mantiene como orientación permanente de la política exterior de la España leal, la necesidad de asegurar la integridad total de España y su independencia absoluta, libre totalmente de toda injerencia extranjera, sea cual fue-

re su carácter y origen, con su territorio peninsular e insular y sus posesiones intactas y a salvo de cualquier tentativa de desmembración, enajenación o hipoteca, conservando las zonas de protectorado asignadas a España por los convenios internacionales, mientras estos convenios no sean rectificados con su intervención y asentimiento, y propugna estrechar los vínculos de solidaridad con todos los pueblos del mundo para asegurar la paz universal".

Pocos o escasos son los comentarios que pueden hacerse a estas palabras: en su misma concisión, firmeza y exactitud, está el mejor comentario que a ellas puede hacerse. De ella se deduce la firme decisión de los trabajadores que militan en todas las organizaciones libertarias de no hacer cesión de ninguna clase de los derechos que competen al pueblo y al proletariado español dentro de la sociedad internacional. Vengan de donde vinieren se rechazarán sistemáticamente por el Movimiento Libertario cuantas sugerencias se hagan para destruir o desconocer nuestra independencia, nuestra integridad territorial o la absoluta libertad de nuestras determinaciones.

En la España proletaria del futuro, en la España que renacerá de las cenizas y de la destrucción de la guerra que hoy padecemos, sólo los propios españoles pueden y podrán hacer valer sus opiniones. Es el conjunto del pueblo español el que decidirá sus destinos. Es la totalidad del pueblo la que orientará nuestra actuación, en el interior y en el exterior. Y todo el que pretenda socavar esa premisa inicial e inalienable debe contarse de antemano entre los enemigos del Movimiento Libertario, es decir, entre los enemigos de la España auténtica y racial por cuyo prestigio todos estamos obligados a velar.